

DIAGUITAS

pueblos del norte verde



MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

DIRECCION DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS
UNIVERSIDAD DE LA SERENA

con el auspicio de:
COMPAÑIA MINERA EL INDIO



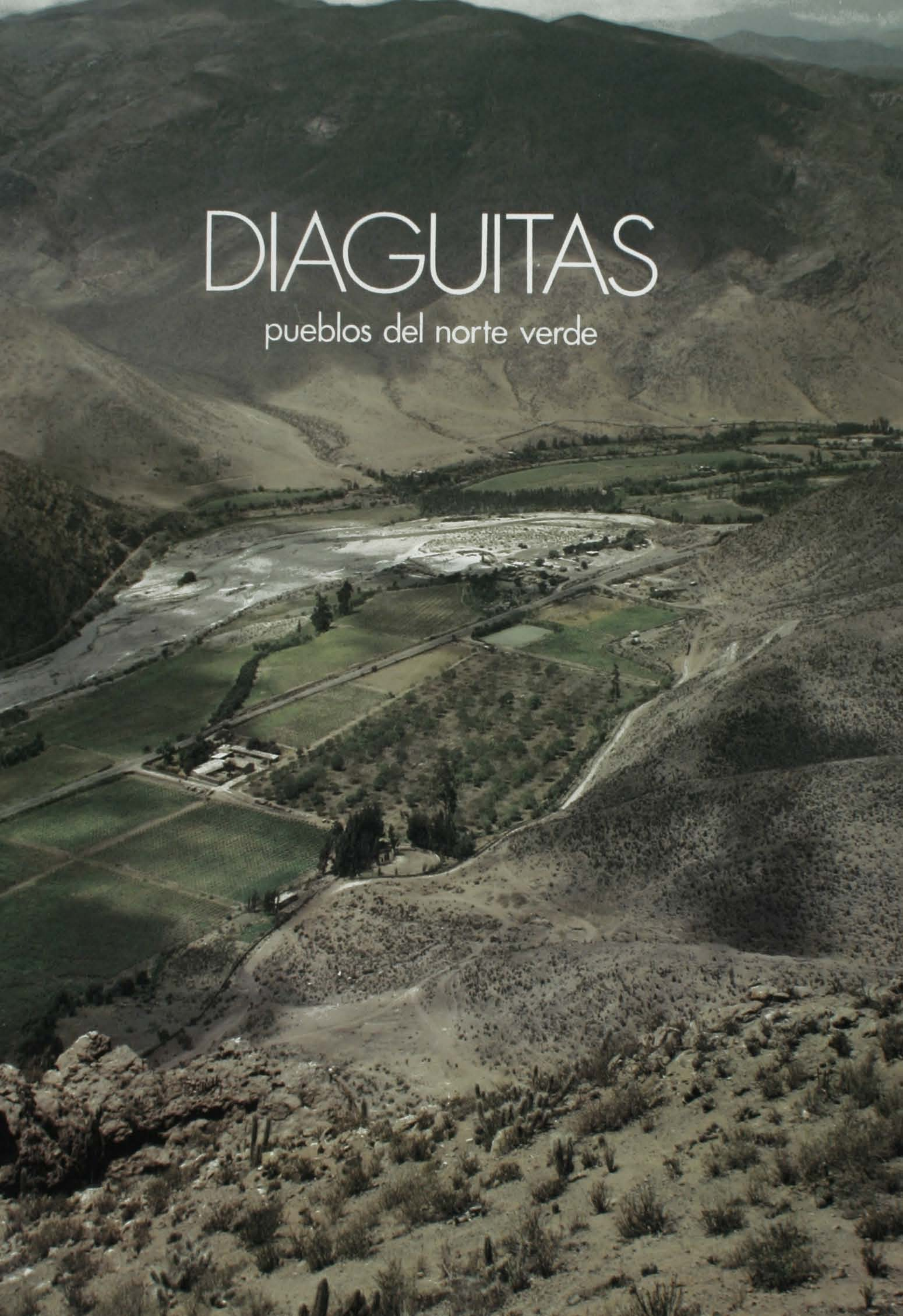
MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO
ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO
FUNDACION FAMILIA LARRAIN ECHENIQUE
Bandera 361. Casilla 3687
Santiago de Chile
1986



Pukara de El Molle, en el valle del Elqui.

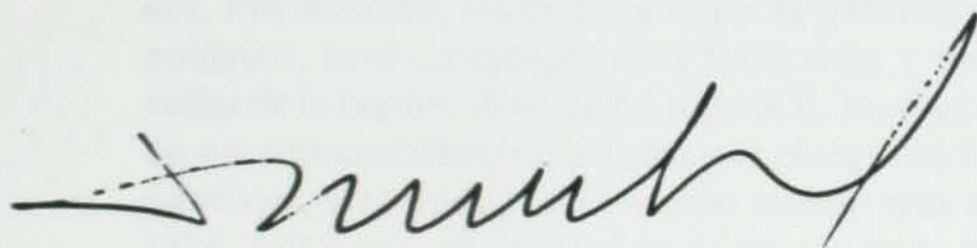
DIAGUITAS

pueblos del norte verde

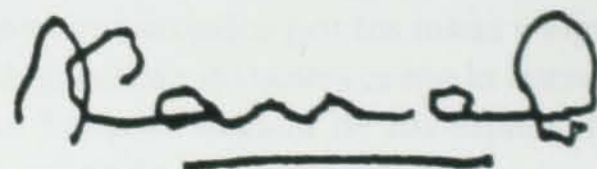


La Ilustre Municipalidad de Santiago, la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y la Fundación Familia Larraín Echenique presentan en el Museo Chileno de Arte Precolombino la exposición "Diaguitas: pueblos del Norte Verde". Esta muestra exhibe una selecta colección de piezas arqueológicas que ilustran 12.000 años de desarrollo cultural en el Norte Chico de Chile. La mayor parte de estas piezas se conservan en el Museo Arqueológico de La Serena y en el Museo del Limarí, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Los patrocinadores se hacen un deber en agradecer los oficios de la Ilustre Municipalidad de La Serena y de la Universidad de La Serena, así como también la importante colaboración prestada por la Compañía Minera El Indio, instituciones y empresa que hicieron posible esta iniciativa.



Carlos Bombal Otaegui
Alcalde
I. Municipalidad de Santiago



Sergio Larraín García Moreno
Presidente
Fundación Familia Larraín Echenique



Mario Arnello Romo
Director
Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

PRESENTACION

Entre el Norte Grande y la Zona Central de Chile se extiende un estrecho territorio semiárido, cruzado por una serie de valles que unen la cordillera con el mar. Se trata del Norte Chico o Norte Verde, con sus ríos Copiapó, Huasco, Elqui, Limarí y Choapa, una región que tiene una larga historia de ocupación humana.

La arqueología ha comprobado que hace más de doce mil años ya había grupos cazando grandes herbívoros hoy extintos en las pequeñas quebradas costeras. Algunos milenios después, las poblaciones del Norte Chico comienzan a domesticar ciertas plantas, como el poroto, combinando en su dieta alimenticia productos obtenidos de la caza y de una agricultura muy incipiente. Paralelamente, los grupos costeros desarrollan instrumentos que les permiten explotar en mejor forma los recursos del mar. Sin embargo, hasta muy avanzado el primer milenio antes de nuestra era, la gravitación de los grupos humanos en el paisaje de la región es todavía insignificante. Sólo a partir del complejo cultural El Molle el hombre comienza a modificar radicalmente su situación dentro de la comunidad ecológica, con una agricultura algo más desarrollada, y sobre todo con el pastoreo de camélidos. Este es el momento en que se originan las primeras aldeas y aparece la más antigua cerámica conocida en la región.

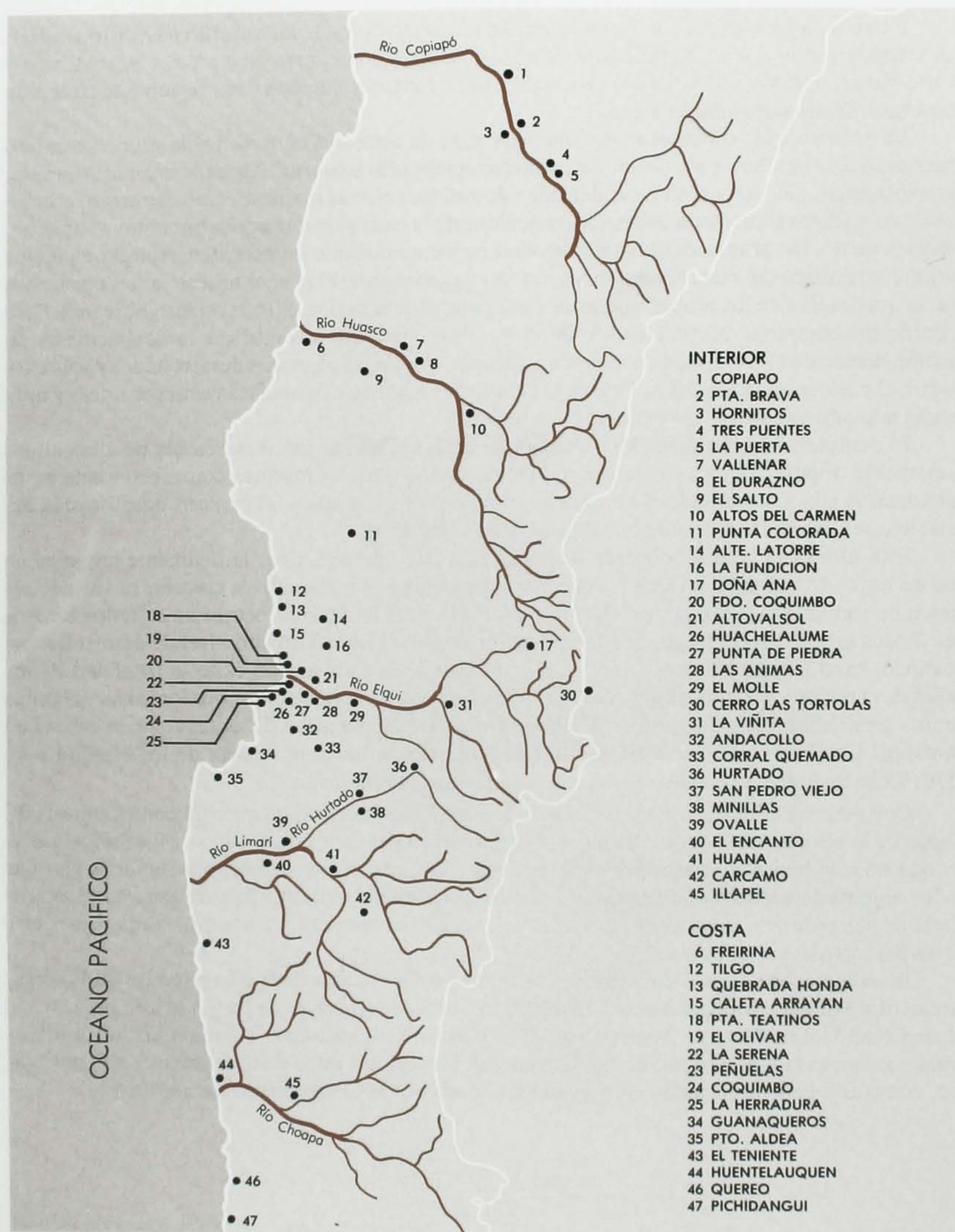
El desaparecimiento de El Molle coincide con las primeras manifestaciones de una cultura sumamente original, que combina la explotación de los recursos marinos con la economía agroganadera. A ella se le ha dado el nombre de complejo Las Animas y, al parecer, constituye la base de lo que posteriormente sería la cultura Diaguita Chilena.

Esta última es la más conocida de las culturas del Norte Chico. Difícilmente hay alguien que no haya visto alguna vez una pieza cerámica Diaguita. Sus llamativos colores, su variado régimen de formas y su acabado prolijo, hacen de ella una de las más hermosas en todos los Andes. Pocos saben, sin embargo, que la población diaguita alcanzó un alto nivel de desarrollo tecnológico, tuvo complejos ritos funerarios y fue capaz de cultivar con éxito la totalidad de los valles de la región. A fines del siglo XV, los diaguitas fueron conquistados por los inkas y algunas de sus comunidades trasladadas por el régimen imperial a lugares tan distantes como la cuenca de Santiago. Con todo, continuaron siendo una sola nación hasta la llegada de los españoles en 1536, fecha que señala el inicio de un acelerado proceso de extinción.

Con esta exposición, el Museo Chileno de Arte Precolombino ha querido contribuir a la difusión de la obra legada por los diaguitas y sus predecesores en el Norte Chico. Hombres y mujeres que no sólo hicieron productivo el paisaje regional, sino que en cada época supieron plasmar en los objetos domésticos y suntuarios su particular visión del mundo. Objetos que estuvieron enterrados por cientos y miles de años, y que recién ahora comienzan a transmitir ideas y vivencias de un pasado que hacemos nuestro.

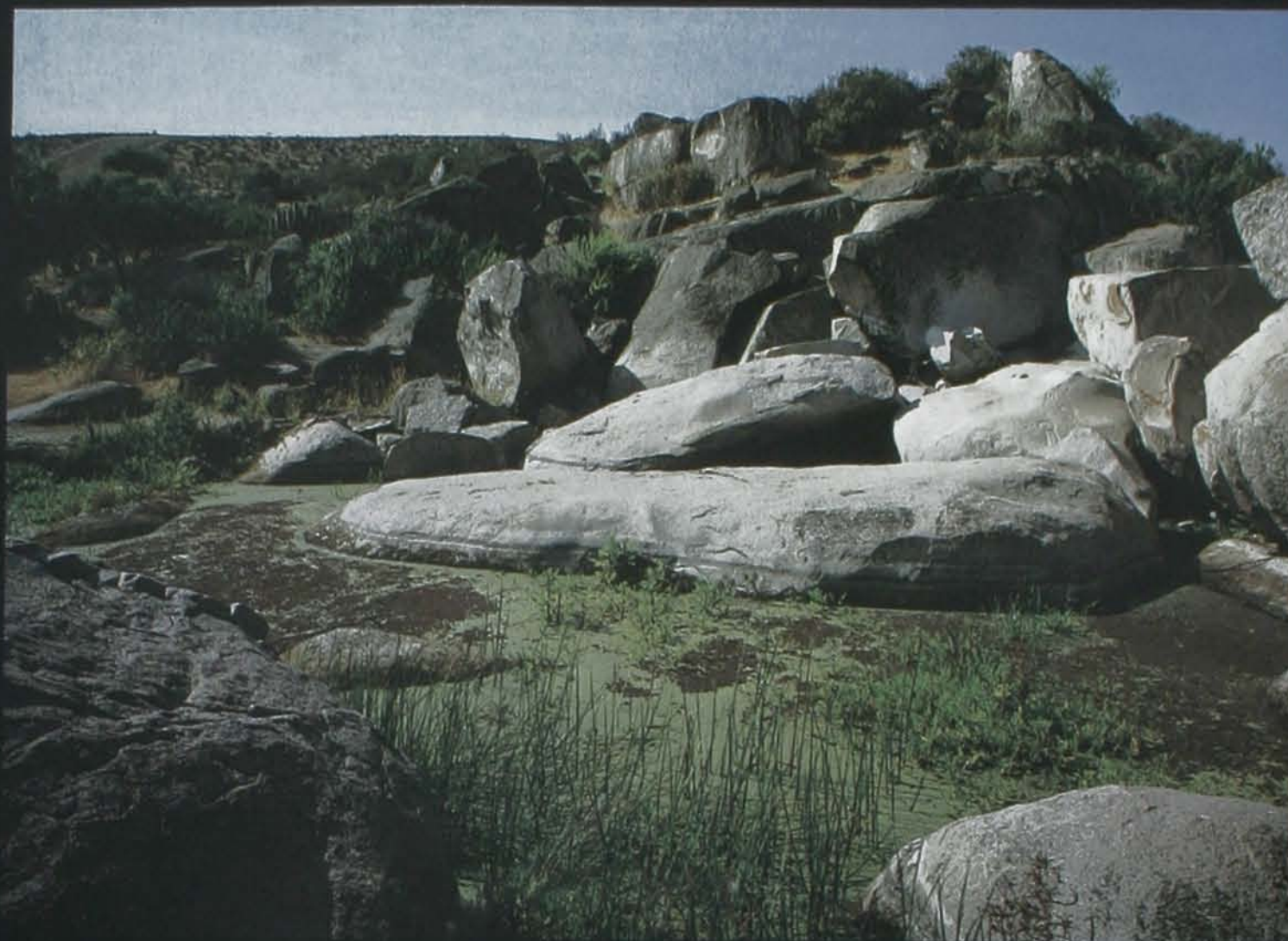
En este empeño hemos contado con la valiosa colaboración de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, principalmente a través de los museos regionales de La Serena y Limarí, y del Museo Nacional de Historia Natural y el Museo Histórico Nacional. También prestó su inestimable concurso la Universidad de La Serena. Agradecemos a estas instituciones su alto patrocinio, como asimismo la cooperación y ayuda facilitada por la Compañía Minera El Indio.

PRINCIPALES SITIOS ARQUEOLOGICOS DEL NORTE CHICO - CHILE



CRONOLOGIA Y SECUENCIA CULTURAL DEL NORTE CHICO

PERIODOS CULTURALES	Años A.C. y D.C.	INTERIOR			COSTA		
		FECHAS RADIOCARBONICAS	COMPLEJOS CULTURALES	SITIOS	FECHAS RADIOCARBONICAS	COMPLEJOS CULTURALES	SITIOS
TARDIO	1.400 1.300 1.200 1.100		DIAGUITA III (INCAICO)			DIAGUITA INCAICO	Peñuelas
				Fundo Coquimbo			
			DIAGUITA II	Puclaro		CULTURA DIAGUITA	Pta. de Teatinos El Olivar
			DIAGUITA I	Punta de Piedra			
MEDIO	1.000 900 800 700						
			COMPLEJO LAS ANIMAS	La Viñita Las Animas	Quereo IV 965 ± 60 905 ± 95 La Serena	COMPLEJO LAS ANIMAS	La Serena Puerto Aldea El Olivar (?) Coquimbo Plaza Coquimbo Quereo (?)
TEMPRANO	600 500 400 300 200 100 D.C. 0 A.C.	665 ± 95 San Pedro Viejo			Quereo IV 670 ± 75		
		440 ± 320 Las Pircas		San Pedro Viejo I La Turquía			
		310 ± 90 El Durazno		El Molle Las Pircas			
		240 ± 95 El Encanto	COMPLEJO EL MOLLE	El Durazno	245 ± 85 Tilgo	COMPLEJO EL MOLLE	Quereo (?) Caleta Arrayan
				El Encanto			Quebrada Honda
							Tilgo
ARCAICO TARDIO (caza, recolección, pesca-agricultura)	500	San Pedro Viejo 425			Quereo 470 ± 90 525 ± 100		
	1.000					Guañuqueros II	Quereo
	1.500			Pta. Colorada	1.380 ± 110	PESCADORES CAZADORES RECOLECTORES MARITIMOS	Pta. de Teatinos
	2.000			El Encanto	1.830 ± 550 La Herradura Guañuqueros 1.910 ± 110	Guañuqueros I	La Herradura Guañuqueros
	2.500						
ARCAICO TEMPRANO (caza, recolección, pesca)	3.000			San Pedro Viejo II			
	3.500	2 750 ± 80 San Pedro Viejo					
	4.000						
		5100 ± 80 San Pedro Viejo		Cárcamo La Fundición El Salto			
	6.000						El Teniente Huentelauquen
		7910 ± 100 San Pedro Viejo	COMPLEJO HUENTELAUQUEN TRADICION CARCAMO	San Pedro Viejo III		COMPLEJO HUENTELAUQUEN	
	8.000		TRADICION Sn. PEDRO VIEJO				
PALEOINDIO	10.000				11.180:150 Quereo I	CAZADORES DE MEGAFAUNA	Quereo
	12.000						



Petroglifos en el valle de El Encanto

ANTIGUAS CULTURAS DEL NORTE CHICO

*Gonzalo Ampuero Brito**

INTRODUCCION

Cuando Pedro de Valdivia recorrió el antiguo camino del Inca, ya reconocido por Almagro luego de su fracasada expedición a Chile en 1536, observó un paisaje de gran aridez que se interrumpía sólo por algunos oasis en la puerta del despoblado de Atacama. De allí su natural impresión al enfrentarse con el valle de Copiapó, el que reverdecía con importantes cultivos y ganadería de los pueblos indígenas, hecho que se fue repitiendo y multiplicando hacia el sur, hasta introducirse en el valle de Chile o Aconcagua a fines de 1540.

Las descripciones de Gerónimo de Bibar, el Cronista de la Conquista, nos prueban que el Norte Chico, desde los inicios de nuestra historia escrita, presentaba un

ambiente de aridez, contrapesado por escasas precipitaciones y por los cursos fluviales producto de la nieve acumulada en la alta cordillera, que bajan entrecruzándose en valles y quebradas hasta llegar al mar.

Los ejes fluviales de los ríos Copiapó, Huasco, Elqui, Limarí y Choapa, alimentados por numerosos afluentes que nacen de la vertiente de los Andes y del complicado relieve que se desgrana hacia la costa, reciben en los períodos invernales un menguado aporte de las lluvias estacionales, el cual aumenta paulatinamente hacia el sur. La vegetación es escasa, en un frágil equilibrio con la naturaleza, encontrándose concentrada en los valles y desparramada en miles de quebradas interiores, rincones atractivos para la fauna y para el hombre, que ingresa por primera vez a nuestro territorio hace más de 12.000 años.

* Conservador del Museo Arqueológico de La Serena, Chile.



Craneo de caballo americano. Sitio de Quereo. Largo: 620 mm.

EL PALEOINDIO (12000 - 8000 a.C.)

Por aquellos años nuestro planeta sufría los efectos de la última glaciación, la cual provocaba importantes cambios climáticos en el Norte Chico, alterando en alguna medida el paisaje. La cordillera de los Andes poseía un mayor cúmulo de nieves eternas y, si bien el clima mantenía su carácter distintivo de aridez, los ríos y quebradas concentraban mejores recursos de agua y la fauna tenía una mayor variedad que la actual. Era la época en que convivían especies de gran tamaño, como fueron el caballo americano (*Equus* sp.), el mastodonte, los desdentados de gran alzada (*Megatherium*), el ciervo de los pantanos (*Antifer*), el paleolama, el guanaco y la vicuña, estos últimos habituados a un régimen de movilidad entre los valles y quebradas y la alta cordillera. Los cazadores del *Paleoindio*, que se introducen desde el norte, recorrerán la región tras estas grandes presas.

El sitio arqueológico de Quereo, ubicado a escasos kilómetros al sur de la ciudad de



Sitio paleoindio en el estero de Quereo.

Los Vilos, nos entrega las pruebas de la temprana ocupación de estos territorios por el hombre. Las excavaciones rescataron los restos de una fauna pleistocénica como ésta, con claras evidencias de haber sido cazada y faenada por nuestros primeros habitantes. Si bien parece no utilizaron una industria lítica de lanzas o proyectiles como los conocidos en otros sitios de América, aprovecharon las condiciones naturales de lo que entonces correspondía a una pequeña laguna que desaguaba al mar en un corto tramo de 1.500 metros, para entrapar a los animales que llegaban a su orilla. En efecto, la topografía del lugar, cuyo centro -la laguna- dejaba una sola vía a lo largo de su desagüe, era apropiada para entrapar a los animales que utilizaban este abrigado sector. Así, los cazadores dispusieron de condiciones adecuadas a la práctica de un sistema para obtener sus presas, las cuales fueron faenadas en el desplante de la quebrada. Allí quedaron las evidencias de su actividad, que permiten reconocer parte de un complejo proceso

que los cazadores peleoindianos practicaban en una cacería especializada de grandes presas, proceso en el cual la participación comunitaria debió ser esencial. Las huellas y marcas dejadas por el hombre sobre los huesos de esta fauna, hoy extinguida, ubicados en niveles estratigráficos perfectamente determinados, demuestran que nuestros primeros pobladores, a pesar de la cercanía del mar, practicaban una caza especializada de grandes presas.

La evidencia del Paleoindio se resume así en un solo sitio arqueológico, excavado con las más avanzadas técnicas de la actualidad y que permite, a lo menos, comprobar la presencia del hombre en el Pleistoceno Tardío, al sur de la IV Región. Otros sitios con presencia de restos de fauna extinguida se conocen en la región y esperamos en un futuro no lejano poder contar con nuevos contextos, puesto que el sitio paleoindiano más cercano se ubica en lo que fuera la laguna de Tagua-Tagua (VI Región), en Chile central.



EL ARCAICO (8000 - 300 a.C.)

Hacia el año 8000 a. C., los efectos de la última glaciación habían terminado y el medio natural presentaba condiciones similares a las conocidas por los conquistadores españoles. El clima, con algunas fluctuaciones mínimas, era también como el que hoy conocemos. La fauna descrita anteriormente desapareció, probablemente por una mezcla de factores, entre los cuales los más decisivos parecen haber sido la acción del hombre y las transformaciones ecológicas. Los cazadores debieron readaptar sus métodos y técnicas de cacería, ahora especializada en el guanaco, la vicuña, especies menores como el zorro y la chinchilla, y algunas aves. Incorporaron, también, la recolección de frutos y semillas silvestres, que permitió un fuerte complemento a su dieta y un conocimiento acabado del potencial vegetal, lo cual indudablemente abrió las expectativas a una selección en el potencial disponible y creó condiciones favorables para la futura actividad agrícola.



Alero de San Pedro Viejo de Pichasca.

En este nuevo estadio de desarrollo, que conocemos como *Arcaico*, fue necesaria para la subsistencia de los antiguos pobladores una movilidad constante. Esta movilidad se acomodó a las condiciones favorables del territorio, cuyos polos de atracción -costa, valles e interfluvios y cordillera- dejaron abierta la posibilidad de adaptarse a un mecanismo de *trasmigración*. Esta última se define *grosso modo* a través del aprovechamiento del ciclo estacional, favorable en la primavera y verano en la alta cordillera, con ricas empastadas atractivas al guanaco y la vicuña, tras las cuales se movilizaban los cazadores, para bajar en otoño-invierno hacia los valles y la costa en un ciclo de complementación que dinamizó más allá de un simple mecanismo la movilidad de los cazadores recolectores.

Conocemos a lo menos tres tradiciones culturales, que identificamos en San Pedro Viejo, en el valle del río Hurtado como sitio ti-

po; en Huentelauquén, presente de preferencia en la costa, con ramificaciones hacia el exterior, y en Cárcamo. Sus principales elementos culturales son las puntas de proyectil, cestería, adornos y herramientas para la molenda y otras actividades.

San Pedro Viejo corresponde a un gran alero natural y posee como rasgo distintivo puntas de proyectil en rocas cuarcíferas de base recta, cóncava y redonda. En cambio, en Cárcamo y Huentelauquén se encuentran puntas pedunculadas, elaboradas en areniscas silicificadas y basalto. El complejo Huentelauquén, sin embargo, tiene como especial distintivo la presencia de litos poligonales de formas geométricas a manera de piezas mecánicas. En la literatura norteamericana se conocen en la costa de California como *cogged stones*. En un sitio cercano a Antofagasta (Las Conchas) fue posible fecharlos hacia 8.000 años antes del presente. Los sitios Huentelauquén en



Piedra geométrica de Huentelauquén. Diámetro: 195 mm.

nuestra región son desafortunadamente superficiales (El Teniente, Pichidanguí).

Hacia el año 2750 a. C. se perfilan los primeros indicios de una agricultura incipiente, detectada en los sitios de San Pedro Viejo y El Salto, al sur de Vallenar. Es posible que en tan temprana fecha la llama y la alpaca, animales domesticados varios milenios antes en Perú y Bolivia, hicieran también su entrada en nuestra región. En el hecho, se mantuvo un modo de vida trashumante y las técnicas agrícolas fueron, en un principio, sólo un complemento a la dieta conocida. Restos de maíz, porotos y algunas variedades de calabazas han sido encontrados en las excavaciones arqueológicas.

A fines del tercer milenio antes de nuestra era irrumpen desde el norte poblaciones de economía marítima, con una tecnología especializada en la caza, pesca y recolección de

productos del mar. En nuestra región han sido estudiadas especialmente en los sitios de Punta de Teatinos, La Herradura y Guanaqueros. Esta cuña poblacional, que se mueve a lo largo de la costa, alcanzó hasta Chile central, vinculándose con los cazadores de las tradiciones más antiguas y generando, con toda seguridad, manifestaciones culturales a través de contactos y mestizaje.

Estas tradiciones culturales nos han dejado un conjunto de restos arqueológicos que refleja indudables vínculos con las poblaciones de la costa norte de Chile. Son abundantes los arpones de huesos con o sin punta lítica y los anzuelos compuestos, tan característicos de los niveles arcaicos de Tarapacá y Antofagasta. En algunos casos, las sepulturas demuestran uso de pigmentos en los cuerpos, resabios quizás del conocido sistema de momificación artificial de Chinchorro (Arica), lo cual es, hasta la fecha, de difícil



Anzuelo compuesto. Largo: 125 mm.
Anzuelo de concha. Largo: 49 mm.

comprobación. En el sitio de Guanaqueros fueron excavadas sepulturas que contenían como ofrendas hermosos cuchillos bifaciales de tecnología similar a las tradiciones paleolíticas del Viejo Mundo, las que a comienzos de siglo habían sido descubiertas en la costa de Taltal por Augusto Capdeville y que hoy tienen diversa connotación en las culturas costeras del Norte Grande. Las excavaciones han demostrado también la existencia de morteros, algunos con cavidad profunda, con sus respectivas “manos”. En cambio, son escasos los anzuelos de concha.

Hasta la fecha se pueden reconocer a lo menos dos tradiciones de pueblos de economía costera en el *Arcaico Tardío* (2750 a. C. - 425 d. C.): la más antigua, en los niveles inferiores de las excavaciones realizadas en la caleta de Guanaqueros, y la más reciente, en las excavaciones de Punta de Teatinos. Durante este largo proceso, se advierten poblaciones

que aparentemente están ingresando desde el noroeste argentino a través de los pasos cordilleranos, y que introducen el uso del *tembetá* o adorno labial y las pipas, los que caracterizan a las poblaciones agroalfareras a comienzos de nuestra era.

El tipo físico de las poblaciones costeras se caracteriza por presentar cráneos alargados, de bóvedas altas. En general, la estructura ósea es fina y los promedios de estatura son de 1,60 metro para el sexo masculino y 1,55 metro para el femenino. Al igual que el resto de las poblaciones arcaicas, no conocían la práctica de la deformación craneana intencional.

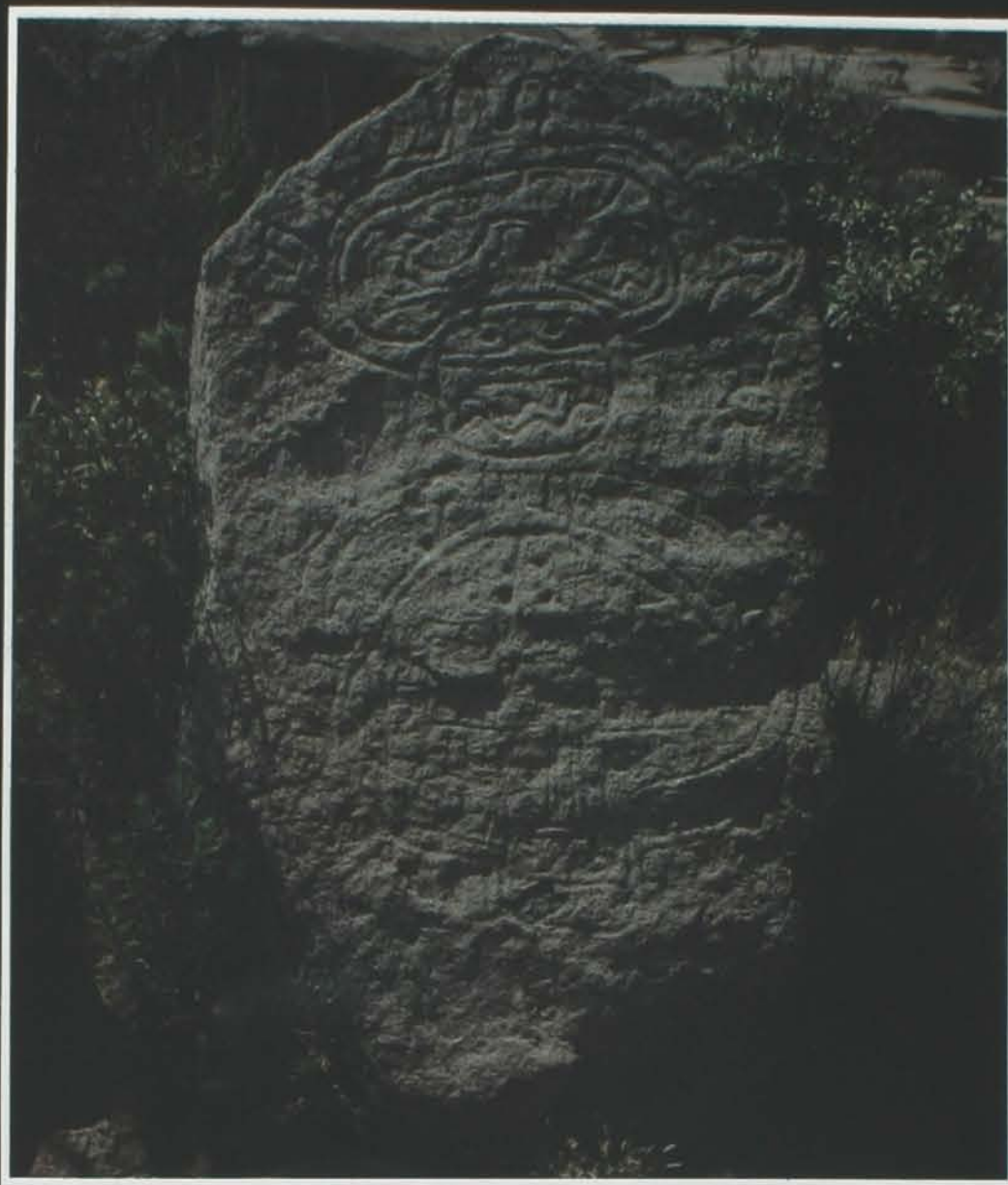
En resumidas cuentas, durante el largo período que abarca desde el 8000 hasta las postrimerías del último milenio antes de Cristo, el territorio del Norte Chico mantuvo una población con un patrón de asentamiento



Cuchillo bifacial, sitio de Guanaqueros. Largo: 150 mm

disperso y dos ejes básicos de movilidad. La tradición más antigua de cazadores trashumantes se movilizaba entre el noroeste argentino, el área cuyana y el territorio chileno, con explotación de sus recursos en ambas vertientes de la cordillera de los Andes en los períodos estivales, para luego ocupar, durante el invierno, valles e interfluvios de la vertiente del Pacífico, incluyendo la franja costera. A partir del tercer milenio entran en contacto con pueblos de economía marítima, provenientes de la costa norte, lo cual seguramente enriqueció y complicó los patrones de asentamiento de aquellos grupos que, en definitiva, se estaban asimilando a nuestro territorio. Así, el Norte Chico podría ser comparado con una bolsa de malla que a través de su entramado permitía la activa movilidad de las poblaciones provenientes del norte, del oriente y probablemente del sur, sin dejar por ello de conservar la matriz netamente regional de aquellos grupos que se estaban asimilando a los

ecosistemas de nuestra región. Esta dinámica se enriqueció en la medida de la estabilización de patrones de asentamiento de carácter particular en el actual territorio chileno. La cordillera, valles e interfluvios y la costa, con sus recursos abiertos a la explotación durante todo el año, fueron los focos que vitalizaron esta movilidad. Así, la trashumancia pasó a ser una rica red de complementación en este “saco” regional, abierto hacia el sur y en especial hacia la vertiente oriental de los Andes. Por los boquetes cordilleranos seguirán colándose nuevas tradiciones culturales, enlazadas con las Areas Centro-Sur Andina y Amazónica a través de los territorios del noroeste argentino. El despoblado de Atacama continuó siendo una valla difícil de cruzar, a menos que se utilizaran las rutas desde la puna hacia el valle de Copiapó.



Cabezas-tiara. Petroglifos atribuidos al complejo El Molle, valle de El Encanto. Alto: 1.750 mm.

EL AGROALFARERO (300 a.C. - 1536 d.C.)

Hacia el término del último milenio antes de Cristo, las poblaciones arcaicas del Norte Chico habían logrado un amplio dominio de los ecosistemas regionales. La interacción de las poblaciones costeras con aquellas asentadas en valles e interfluvios permitió complementar la caza con recolección especializada, y también con una incipiente agricultura que, en forma lenta pero sostenida, estaba provocando algunas transformaciones internas en estas sociedades tradicionales. Coincidentemente, ingresan a nuestro territorio, a través de la puna y de los pasos cordilleranos, nuevas poblaciones enlazadas culturalmente con las Áreas Andina Centro-Sur y Central.

El Agroalfarero Temprano. Complejo El Molle

El noroeste argentino parece ser un área catalizadora de todas estas tradiciones andinas, que poseen una rica tecnología



Pipa de piedra en forma de "T" invertida. Complejo El Molle. Largo: 178 mm.

alfarera y un dominio más efectivo y tecnificado de la explotación agrícola. La ganadería es, además, parte integral de estas nuevas poblaciones que, al mezclarse en nuestra región con las poblaciones arcaicas de valles e interfluvios, provocaron el surgimiento de las primeras tradiciones agroalfareras, que agrupamos bajo la denominación de complejo El Molle. Fue don Francisco Cornely quien dio la denominación a esta cultura, al descubrirla, en 1938, en el pueblecito del valle del Elqui que lleva este nombre. Allí se encontraron las primeras evidencias arqueológicas de un pueblo agroalfarero anterior a la ya conocida cultura Diaguita Chilena.

Poco a poco, las investigaciones de Cornely fueron localizando nuevos sitios, tanto en la costa como en el interior, lo cual permitió visualizar la distribución del complejo El Molle prácticamente en todo el Norte Chico.

En un principio, este complejo fue ca-

racterizado básicamente por cuatro elementos: la cerámica, el uso del *tembetá*, una tipología de sepulturas claramente identificadas por ruedos de piedra en la superficie y el uso de pipas de piedra en forma de "T" invertida, forma que hasta la fecha era apenas conocida en la literatura arqueológica chilena. Era también elemento característico una metalurgia de sencillas aplicaciones técnicas en cobre nativo martillado y laminado en forma de brazaletes, anillos y adornos. Se ubicaban, además, en los contextos sepulcrales, hermosos collares en piedras semipreciosas y cuentas de conchas marinas finamente pulidas.

Posteriormente, las nuevas investigaciones realizadas por Jorge Iribarren, Hans Niemeyer, Gastón Castillo y otros, fuera de enriquecer la distribución espacial de este complejo, agregaron nuevos elementos contextuales y, por ende, nuevos enfoques en la interpretación cultural.



Botella zoomorfa con pintura "negativa". Complejo El Molle. Alto: 144 mm.

La cerámica es indudablemente el elemento más atractivo y más definitorio en esta cultura. Destacan en general las formas verticales, numéricamente más abundantes que platos y escudillas. La decoración está basada en sofisticadas técnicas cerámicas, las piezas muestran finas paredes y a través del control de la cocción y la preparación de pastas y engobes se obtenían superficies pulidas, de colores negro, rojo, café grisáceo, etc. Para la decoración de la pieza utilizaron la técnica de la incisión y el grabado, y en algunos sitios, como es el caso de La Turquía, en el valle del río Hurtado, emplearon el engobe blanco y dibujos rojos sobre blanco, así como también las técnicas conocidas como "pintura negativa" y ahumado.

A lo anterior se suman formas complejas, como son los jarros de dos golletes unidos por un asa-puente, uno de los cuales aparece cerrado y perforado a manera de regadera,

evidentemente para propósitos ceremoniales. Se conocen, también, piezas que reproducen formas humanas y de animales.

La investigación arqueológica de los últimos 20 años ha demostrado la necesidad de obtener información de sitios habitacionales estratificados. En efecto, hasta la década del 60, toda la información sobre el complejo El Molle provenía de sepulturas, las cuales, como se sabe, entregan una información selectiva e incompleta de estas poblaciones. Así, fue necesario revisar los postulados de Francisco Cornely y Jorge Iribarren, relativos a las fases propuestas para la hasta entonces conocida como "cultura El Molle". Ambos autores habían intentado la subdivisión en fases, basada en la tipología cerámica, las variadas formas de sepulturas que se fueron detectando (sepulturas bajo montículos o túmulos en los valles del Huasco y Copiapó, círculos de piedras de río y "emplantillados" profundos en los



Botella con asa-puente. Complejo El Molle. Alto: 159 mm.

valles del Elqui y Hurtado) y algunas diferencias en la presencia o ausencia del resto de sus materiales en los cementerios excavados, tales como la falta de pipas de piedra en La Turquía y el uso de oro y plata en adornos discooidales asociados a cerámica de mayor variedad de formas y decoración en ese mismo sitio.

Además, ha sido necesario obtener de las excavaciones arqueológicas un mayor conocimiento de patrones de asentamiento y actividades económicas, así como también una mejor definición histórico-cultural, bajo un enfoque antropológico amplio. Los resultados de las investigaciones de los últimos años han demostrado que los componentes arqueológicos de la "cultura El Molle", definidos por Cornely e Iribarren, presentan una compleja distribución en el Norte Chico. Analizados sistemáticamente y en conjunto con los nuevos aportes, estos componentes demuestran la existencia de sociedades agroganaderas con

énfasis en el pastoreo. Su distribución es concluyentemente mayoritaria en los interfluvios, territorios más propicios a la ganadería trashumante. Numerosos yacimientos arqueológicos así lo demuestran. No obstante, existen importantes enclaves en los valles, en donde se produjeron concentraciones más estables, producto de una agricultura de mayor intensidad.

Definidos los contextos de norte a sur, se ha postulado la llamada fase "Río Huasco", detectada especialmente en el valle y quebradas conectadas a esa red fluvial. Las sepulturas son generalmente de montículos y la cerámica posee formas simples y con escasa decoración. Más al sur, en el interfluvio Elqui-Limarí, se encuentran los contextos típicos del sitio-tipo de El Molle, en el valle del Elqui, y el de La Turquía, en el del río Hurtado. Estos dos sitios evidencian prácticas funerarias muy distintas y tienen elementos culturales más di-

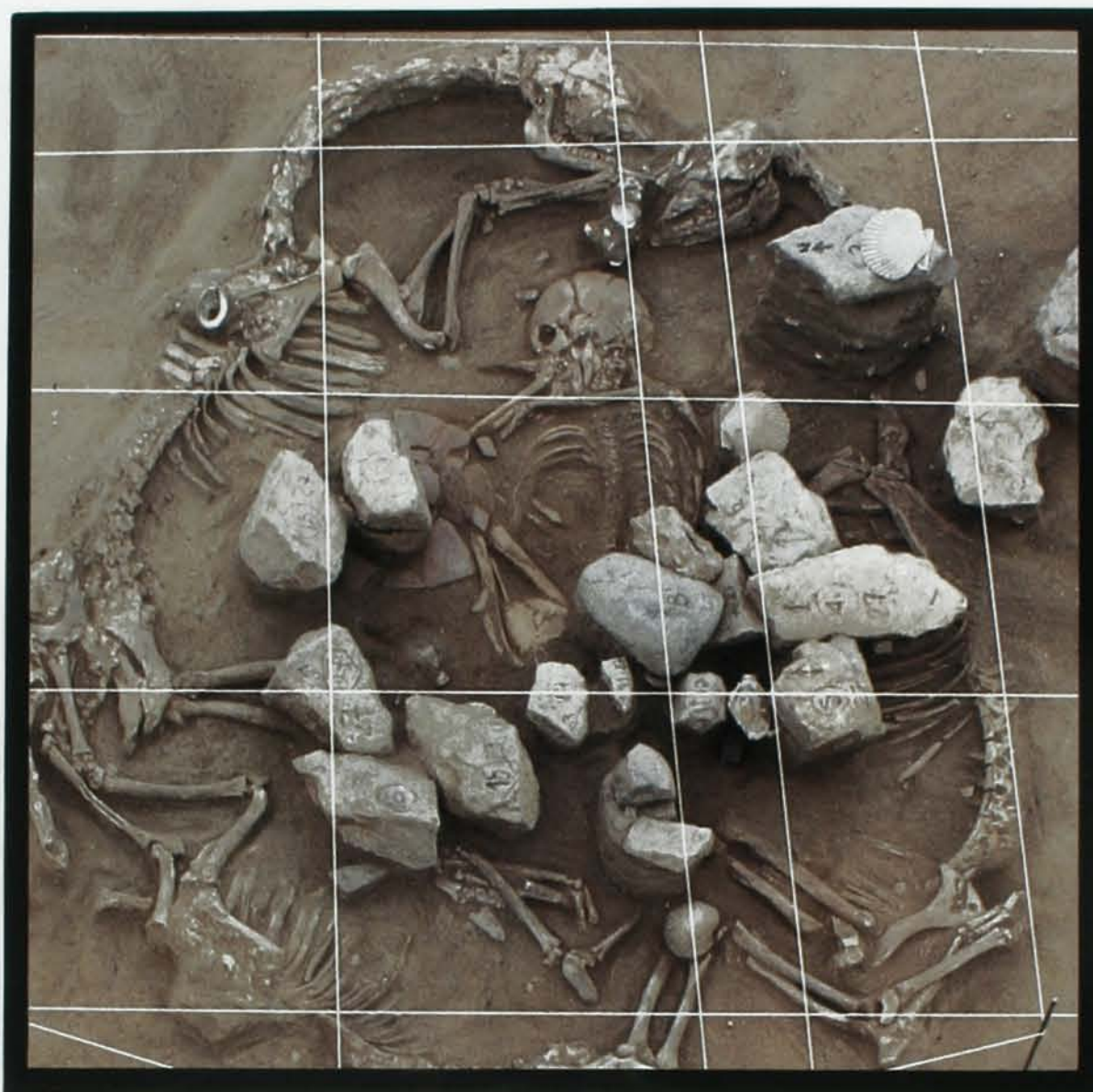


Tembetás. Complejo El Molle. Largo: 27 mm., 106 mm.

versificados, particularmente en lo referente a la cerámica y metalurgia. En el sitio de El Encanto, ubicado en una quebrada que corta la terraza superior de la vertiente sur del río Limarí, en dirección a Salala, las excavaciones estratigráficas demostraron un nivel del Agroalfarero Temprano, sobrepuesto a una ocupación del Arcaico Tardío. Allí pudimos comprobar la asociación de la mayor parte de los tipos cerámicos postulados para El Molle, con un arte rupestre que se caracteriza por el diseño de representaciones antropomorfas en estilos de simple representación de la figura humana con complejos dibujos de verdaderas máscaras provistas de adornos cefálicos. Estas representaciones fueron asignadas erróneamente en el pasado al tardío período de la ocupación inca. El sitio permitió reconocer y definir estos estilos, existentes desde el sur de la Región de Atacama hasta el interfluvio Limarí-Choapa, como pertenecientes al complejo El Molle.

Dado que hasta la fecha no hemos podido comprobar claramente diferencias cronológicas en los diversos estilos cerámicos y puesto que hay variables locales en las técnicas de sepultación, junto con otras diferencias entre los materiales excavados, sugerimos que el complejo El Molle debe ser entendido, en sus diversos componentes locales, como sociedades agroganaderas, que si bien compartieron una matriz cultural común, controlaron de manera particularizada algunas áreas que tenían como centro valles e interfluvios, llegando incluso hasta la costa.

El tipo físico es diferente al conocido en las poblaciones arcaicas, con rasgos craneanos mesocefálicos. Practican además la deformación craneana intencional en su variedad tabular erecta. El mestizaje o reemplazo de pueblos son posibilidades que hasta la fecha podrían corresponderse con la información arqueológica.



Entierro de un hombre y tres llamas en Coquimbo. Complejo Las Animas.

Este complejo, ya estabilizado en el Norte Chico, tendrá ramificaciones hacia el sur, entrando en contacto con las poblaciones de Chile central, las cuales poseían también un complejo desarrollo durante el Agroalfarero Temprano.

El Agroalfarero Medio. Complejo Las Animas

A fines del siglo VIII de nuestra era se introducen nuevas poblaciones provenientes de la puna argentina. Sus componentes culturales, hasta la fecha no bien conocidos, los encontramos al menos desde el valle del Copiapó hasta el del Limarí. Francisco Cornely, en sus excavaciones en el sitio Las Animas, a unos 15 kilómetros al interior de La Serena (valle del Elqui), encontró materiales que atribuyó a la primera fase de la cultura Diaguita, denominada por él "Arcaica". Muy posteriormente, excavaciones realizadas en Puerto Aldea,

Punta de Teatinos, Punta de Piedra (valle del Elqui) y Plaza de Coquimbo, permitieron, por un lado, redefinir la cultura Diaguita Chilena y, por otro, detectar la existencia del complejo Las Animas, que ubicamos en el Agroalfarero Medio (800 -1000 d. C.).

Se trata de pueblos de economía diversificada (agricultura, pesca, caza y recolección), pero que mantiene un énfasis en la ganadería. Sus evidencias arqueológicas sugieren una movilidad concentrada desde los valles hasta la costa. Destaca, principalmente, un complicado ceremonial fúnebre, con sepulturas en las que se han realizado sacrificios rituales de llamas. Probablemente, estas últimas fueron enterradas con su dueño y en una relación muy íntima, puesto que en las excavadas en la Plaza de Coquimbo las llamas aparecen abrazando con sus patas delanteras al difunto, lo que demuestra una intencionalidad de profundo sentido mágico-religioso. La cerámica, que



Cuenco. Complejo Las Animas. Alto: 89 mm.

fuera definida por primera vez por Julio Montané, presenta formas de escudillas tronco-cónicas, con engobe rojo o pintadas rojo sobre blanco con decoración a veces zoomorfa o simplemente lineal. Algunas piezas presentan su interior ahumado y finamente pulido, lo que evidencia complejas técnicas en la manufactura cerámica. Además, llaman la atención los numerosos artefactos de cobre (anzuelos, cinceles, aros, ganchos de propulsor) y unos objetos en forma de "H" mayúscula, que se ubican de preferencia en el antebrazo del esqueleto y cuyo uso hasta el momento no ha sido claramente definido. Son también muy notorias las espátulas de hueso finamente pulidas y, a pesar de las adversas condiciones ambientales, los tubos de madera, artefactos muy similares a los que componen los equipos inhalatorios de San Pedro de Atacama.

Es necesario señalar que, en lo referente a la cerámica, fuera de la existencia de tipos

utilitarios, se encuentra en algunos sitios un tipo de cerámica bastante distinto del ya descrito, de formas básicamente subglobulares, en general sin engobe, con pintura aplicada directamente sobre la pasta en diseños lineales de colores rojo, blanco y negro. Este último color ha sido obtenido de la especularita y, por lo tanto, es fácilmente eliminado por contacto o por el uso prolongado. La presencia de este rasgo en el contexto Las Animas pareciera indicar la asociación con otros tipos de componente cultural, detectado también en otros sitios y que, sin embargo, es bastante diferente, quizás proveniente de Chile central. Es por esto que definimos a Las Animas como un complejo cultural.

El Agroalfarero Tardío. Cultura Diaguita

Hacia el siglo XII se encuentra en proceso de consolidación la cultura Diaguita Chile-



Escudilla. Las Animas-Diaguitas I. Alto: 95 mm.

na, cuyos rasgos distintivos han sido apreciados desde comienzos del siglo a través de la cerámica. Fue bautizada con la denominación “Diaguita” por Ricardo Latcham, quien en su *Prehistoria Chilena* (1928), al hacer una cronología de los pueblos prehistóricos de Chile, incluyó, específicamente en la entonces provincia de Coquimbo, una secuencia que comparó con la propuesta para el Norte Grande por Max Uhle.

Latcham consideró que los restos cerámicos eran similares a los pertenecientes a la cultura Diaguita Argentina, que en una época de la investigación abarcaba aun, sin mayores divisiones territoriales ni culturales, las provincias del noroeste argentino y con una multiplicidad de componentes arqueológicos que la investigación moderna ha reconocido de manera más certera como culturas Santa María, Yocavil, etc.

Sin embargo, fue Francisco Cornely quien, retomando los postulados de Latcham y basado en numerosas excavaciones realizadas en los territorios de Atacama y Coquimbo, le dio cuerpo a esta cultura, proponiendo una secuencia basada en la tipología cerámica y en las variables de los tipos de sepulturas. Desafortunadamente, los ricos contextos por él estudiados no fueron entonces analizados de manera adecuada. Empero, su secuencia proporciona una aguda e inteligente información de las variables tipológicas, puesto que sus tres fases, que denominó Arcaica, Transición y Clásica, estilísticamente mantienen, en cierta forma, coherencia con los resultados de las posteriores excavaciones estratigráficas.

En todo caso, fueron necesarios numerosos estudios para desenredar la madeja propuesta por esa tipología y elaborar, basándose en excavaciones de sitios habitacionales y cementerios, una nueva subdivisión, que



Escudilla. Diaguita I. Alto: 65 mm.
Escudilla. Diaguita II. Alto: 93 mm.

es la que presentamos a continuación:

Diaguita I. La primera fase está conformada por los restos más antiguos que, en cierta medida, se relacionan con el complejo Las Animas, del Agroalfarero Medio. Las sepulturas, generalmente a poca profundidad, están a veces recubiertas con trozos de cerámica, colocadas especialmente sobre el cráneo. Los esqueletos, en posición flectada, se extienden con un eje este-oeste, rasgo que se mantiene prácticamente a lo largo de todo el desarrollo de esta cultura. La cerámica está representada por dos subfases. La primera tiene reminiscencias de piezas subglobulares del complejo Las Animas ya descrito. Se hace muy popular el engobe rojo con decoración en franjas o en la superficie interna o externa de la pieza con motivos geométricos, rojo y negro sobre fondos blancos. Muchos de estos motivos se perpetúan en las fases posteriores. La segunda corresponde a lo que Cornely de-

finió como “Transición”, en la cual los motivos y formas se enriquecen, evidenciando un progreso interno aplicado por los antiguos artesanos. Son comunes los platos antropomorfos, de fina decoración, y ollitas y escudillas en las cuales se aprecia la aplicación selectiva de un número relativamente escaso de motivos. Las escudillas son de paredes redondeadas, con algunas piezas pintadas interiormente de blanco. Las sepulturas mantienen el patrón anterior, agregándose en forma progresiva la cerámica utilitaria, espátulas de hueso con decoración muy simple y escasa metalurgia. Llama la atención el corto número de piezas metálicas rescatadas de las sepulturas.

Diaguita II. La segunda fase de la cultura Diaguita posee claramente dos elementos distintivos y que coinciden con la denominada “Clásica” por Cornely.

a) Las sepulturas ahora están elaboradas con cistas de piedra arenisca o de lajas de granito





Instante en que un alfarero de la época clásica Diaguita (1200 - 1470 d.C.), termina de dar forma a una escudilla y se dispone a decorarla.



Aro de cobre. Diaguita II. Largo: 54 mm.

que conforman un verdadero catafalco de forma regular con sus correspondientes tapas. En general, el eje de las sepulturas mantiene la orientación este-oeste (la cabeza del individuo hacia el naciente) y la profundidad es relativamente escasa. De acuerdo al cronista Gerónimo de Bibar (1558), es posible que sobre la sepultura existiera un pequeño montículo de tierra, lo cual no hemos podido hasta la fecha comprobar fehacientemente, por cuanto casi todos los sitios de esta fase se encuentran en terrenos de explotación agrícola, actividad que habría borrado dichas evidencias. Sin embargo, Latcham descubrió en Punta de Teatinos sepulturas monticulares de la cultura Diaguita con los cuerpos extendidos. Hay, también, un alto número de sepulturas más simples, con los cuerpos flectados y sin mayor realización. Son comunes en esta época las tumbas familiares, con más de un individuo.

b) La cerámica es el elemento que más claramente evidencia un continuo proceso de enri-

quecimiento, el que se traduce en una mayor variedad de motivos decorativos. Las escudillas, como lo señalara acertadamente Cornely, son de paredes rectas y bases redondeadas. Son comunes los jarros antropomorfos, la cerámica utilitaria ("jarro-zapato" con decoración excisa y en algunos casos con hermosas representaciones antropomorfas o zoomorfas). Indudablemente son los "jarros-patos" los que evidencian el alto nivel de desarrollo estilístico alcanzado en el manejo de forma o decoración. Hacen su aparición urnas de tamaño mediano finamente decoradas o con una simple capa de pintura o engobe. Son también abundantes las espátulas de hueso o cucharas de los equipos inhalatorios, talladas con motivos geométricos, zoomorfos o antropomorfos, destacando entre estos últimos la representación de personajes que utilizan complicados tocados cefálicos y trajes ceremoniales. Curiosamente, la metalurgia sigue siendo relativamente escasa, representada por



Jarro-pato. Diaguita II. Alto: 147 mm.

pinzas depilatorias, cinceles, aros, anzuelos, etcétera.

Si bien los contextos sepulcrales demuestran un evidente progreso y mayor variedad, no cabe duda que la cultura Diaguita presenta un desarrollo armónico, netamente regional, en el territorio comprendido entre los valles del Copiapó y Choapa. Se ha detectado también la presencia de la nación diaguita hasta el valle de Aconcagua por el sur, hecho que merece mayor atención por parte de los investigadores de Chile central.

Poco sabemos de su lengua, puesto que los conquistadores españoles no la registraron. Bibar afirma en su crónica que cada valle tenía "lengua de por sí", lo cual nos enfrenta a una interesante problemática lingüística. ¿Cómo explicar esta posible variedad de dialectos o lenguas en el Norte Chico? Probablemente la explicación se encuentre en todo el

proceso de la prehistoria regional. Cada valle pudo haber conservado variables idiomáticas ancestrales, derivadas de las sucesivas poblaciones que penetraron a nuestro territorio. En todo caso, el *kakán*, lengua propuesta por Rodolfo Schuller, no pasa de ser una hipótesis de difícil comprobación a la luz de la información moderna.

Diaguita III. De acuerdo a las informaciones etnohistóricas, Topa Inca Yupanqui es el responsable de la expansión del Imperio de los Incas desde el Perú hacia nuestro territorio, conquista que habría alcanzado por lo menos hasta el valle de Aconcagua (1470). Es a partir de esta fase que podemos hacer uso de la información escrita por los conquistadores españoles. Ellos tuvieron oportunidad de comprobar el complejo sistema imperial que abarcaba en la época de la conquista española los territorios de Ecuador, Perú, parte de Bolivia, el noroeste argentino, el área cuyana y los te-



Jarro-pato. Diaguita III. Alto: 126 mm.

territorios chilenos hasta por lo menos el río Maipo, en un dominio efectivo, si bien hubo alguna influencia más al sur. Gracias a los cronistas de la Conquista y a numerosos documentos de la época (administrativos, informes de servicios, jurídicos, etc.), ha sido posible enriquecer los resultados de la arqueología con una visión más vitalizada.

Sabemos, por ejemplo, que los diaguitas habían constituido un sistema tradicional basado en jefaturas duales o dobles que controlaban cada uno de los valles, conformando una unidad costera y otra en el curso medio superior de los principales ríos y sus afluentes. Al parecer, estos jefes reunían bajo su mando a unidades menores, las cuales reconocían la autoridad de los caciques de cada circunscripción. La llegada de los incas significó, aparentemente, un encuentro violento, que terminó por imponer la administración incaica, a través de la designación de *kurakas* (jefes locales

dependientes de la administración central del Incanato).

La arqueología demuestra que en esta fase ocurrió un significativo cambio, particularmente notorio en la cerámica. Los artesanos diaguitas integran las formas y decoración locales con aquellas provenientes del Perú (aríbalos, escudillas, platos y otras piezas ceremoniales, etc.), logrando un extraordinario equilibrio y armonía. Tal cosa no ocurrió más al norte, lo cual invita a meditar sobre este proceso. Si aceptamos que la conquista de los incas fue en un principio rechazada violentamente por los diaguitas, el proceso consiguiente habría que calificarlo como una especie de aculturación, a lo menos perceptible en las modalidades artesanales de la cerámica, por cuanto las sepulturas de esta fase no evidencian mayores cambios, salvo en sus ofrendas. Las sepulturas demuestran una mayor riqueza y lo normal es encontrar mezcladas,



Jarra. Cultura Inka. Alto: 160 mm.

en una misma sepultura, la cerámica con forma y decoración tradicionales, con aquellas “importadas” desde el Perú, pero elaboradas con el sello inconfundible del artesano local. Pareciera que fueron de gran importancia y de gran atractivo para los grupos locales la aplicación y utilización de estos elementos.

La contradicción de este hecho podría explicarse, probablemente, por medio del conocimiento del tipo de dominio ejercido por el Incanato en la región, sobre lo cual poco sabemos. Tal vez los señoríos diaguitas estuvieron mejor dispuestos para aceptar algunos modelos estilísticos, en este caso reconocidos a través de la cerámica, lo cual no significó necesariamente una imposición, sino, más bien, una motivación.

El diaguita de esta fase utiliza la deformación craneana intencional. De cráneos re-

dondeados, estatura mediana (1,60 - 1,65 m) y contextura fina, los diaguitas apenas fueron descritos por los cronistas. Otro tanto ocurrió con sus vestiduras, peinados y adornos, de todo lo cual podemos apenas conjeturar con cierta base.

Aun así, podemos hablar con propiedad de la “nación diaguita”. Cuando Pedro de Valdivia entró en contacto con los jefes locales, atisbó indudablemente las complejas relaciones sociales de las diversas tribus que se distribuían en los principales valles del Norte Chico.

La investigación etnohistórica y arqueológica indica la presencia en nuestra región de una minoría étnica conocida en Chile como “changos”, equivalente al período de la cultura Diaguita.

Este grupo, que se reconoce desde el



Modelo de balsa esculpido en Andesita encontrado en Altovalsol. Se atribuye a la fase Inka-Diaguita y se conserva en el *Hamburgisches Museum für Völkerkunde*. Largo 260 mm.

extremo norte hasta por lo menos Pichidangui y que ha sido detectado hasta el siglo XIX, se caracteriza principalmente por sus hábitos nómádicos, explotando los recursos marinos de caletas abrigadas y de alto potencial.

La utilización de una balsa inflable hecha de cuero de lobo en compleja tecnología se conoce por la descripción que en primer término hiciera Gerónimo de Bibar en los inicios de la conquista para el extremo norte de Chile. Los changos fueron descritos posteriormente por diversos viajeros, especialmente durante los siglos XVIII y XIX. Sin embargo, poco sabemos de su origen, lengua y organización social. Existe una rica iconografía histórica de su presencia en las costas del norte de Chile, incluyendo su participación en actividades de pesca, caza e incluso transporte en algunos de los puertos chilenos. A manera de imagen, este grupo, cuya desaparición puede ubicarse en las postrimerías del siglo XIX, debió formar

parte de una población de origen altiplánico que tempranamente habría bajado hacia la costa, adaptándose a las nuevas condiciones. Otra hipótesis podría ser que correspondieron a la especialización de un grupo costero restringido, de raíces muy antiguas, que habría introducido el uso de esta embarcación de características tan originales.

Siempre ha llamado la atención su escaso número y su virtual desconocimiento real por parte de los primeros cronistas españoles. La información arqueológica nos ha demostrado que la nación diaguita explotaba con sus propias tecnologías los recursos marinos. ¿Cuál ha sido realmente su origen? Estas son preguntas que aún esperan las respuestas de la investigación científica moderna.

¿Cómo explicarnos el acelerado deterioro de nuestras raíces autóctonas, tras el impacto de la conquista europea?

Por ejemplo, sabemos que la población,



Figurilla femenina de plata. Cultura Inka. Alto: 68 mm.

compuesta de apenas unos 30.000 indios, distribuidos en el amplio territorio que hoy comparten las regiones de Coquimbo y Atacama, disminuyó a un total ponderado de 1.200 almas a fines del siglo XVI. Toda la tradición cultural —que hoy admiramos a través de la cerámica, las costumbres funerarias, los objetos que alguna vez adornaron un hogar o que formaron parte de los componentes más usuales de este pueblo y que con creciente interés estudiamos y atesoramos en los museos— se esfumó; lo propio aconteció con la lengua, las costumbres y usos sociales, la religión, las vestiduras y las creencias, resultantes de un milenario proceso compartido de una u otra manera por los pueblos andinos. Todo este patrimonio cultural perdió violentamente su validez, ante la Cruz y la Espada empuñadas por el conquistador español.

La búsqueda de nuestra herencia americana, de nuestras raíces autóctonas, nos en-

frenta a la realidad cotidiana de reconocernos americanos, y al desafío de traspasar los engañosos límites de la Conquista.

La labor de la arqueología, como antropología, es hacer hablar los documentos aparentemente muertos de nuestro patrimonio precolombino. En la medida que dignifiquemos nuestro pasado, dignificaremos el presente y el futuro. Hoy estamos abocados a esta tarea, y la admiración que nos provoca la cultura expresada en el menguado patrimonio que se exhibe en esta muestra selectiva, deberá enriquecerse en nosotros con un sentimiento de enlace ancestral y vital de estas nuestras verdaderas raíces.

Agradecemos a las siguientes
instituciones y personas :
Museo Arqueológico de La Serena
Museo del Limarí
Museo Nacional de Historia Natural
Museo Histórico Nacional
Ilustre Municipalidad de La Serena
Universidad de La Serena
Pisco Capel
Francisco Gacitúa
Rafael Paredes
Rodolfo Weisner

Iluminación de la exhibición
Ramón López

FUNDACION FAMILIA LARRAIN ECHENIQUE

Presidente : Sergio Larraín García Moreno

Secretario : Julio Philippi Izquierdo

Tesorero : Carlos Alberto Cruz Claro

Consejeros:

Rector de la Universidad de Chile

Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Alcalde de la Ilustre Municipalidad de Santiago

Director de Bibliotecas, Archivos y Museos

Presidente de la Academia Chilena de la Historia

Roberto Soto Mackenney

Juan de Dios Vial Correa

Carlos Bombal Otaegui

Mario Arnello Romo

Fernando Campos Harriet

Luisa Larraín de Donoso

MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

Director
Curador
Conservadora
Jefa Administrativa
Relacionadora Pública

Carlos Aldunate del Solar
José Berenguer Rodríguez
Julie Palma Gaete
Julia Arriagada Palma
Carolina Blanco Vidal

Investigación

Investigación
Luis Cornejo
Guías
Rebeca Assael
Elena del Valle
Carolina Botto B.

Documentación
Carole Sinclair

Conservación

Laboratorio
Rosario Edwards
Erica Ramírez
Andrés Rosales
M. Elena Sagredo

Arte

Diseño y Montaje
José Pérez de Arce
Ayudante
Luis Solar

Administración

Secretaría
Francisca Pastor
Contabilidad
Erika Doering
Tienda
Isabel Carrasco
Dolores Casanova M.
Auxiliares
Raúl Padilla
Marco Ramírez

Asesoría Artística
Carlos Alberto Cruz Claro

Dibujo página 29: José Pérez de Arce.
Fotografías páginas 16, 17, 25 y 30: Luis Cornejo.
Fotografía página 24: Gastón Castillo.
Diseño y fotografía: Fernando Maldonado.

Esta publicación ha sido posible gracias
a la colaboración de
Impresora Ograma S.A.

Biblioteca Museo Precolombino



107359

libros